

La incertidumbre como inicio y método

Reseña de *No entender. Memorias de una intelectual*, de Beatriz Sarlo

Abril Amado

No entender. Memorias de una intelectual, publicado póstumamente en 2025 por Beatriz Sarlo, propone una reflexión profundamente contradictoria y autorreferencial sobre la trayectoria que la llevó a ocupar un lugar central en el pensamiento argentino contemporáneo. Lejos de la imagen acabada del intelectual, Sarlo se presenta como una figura que se construye a partir de la incertidumbre, el desconocimiento y la constante búsqueda de sentido. En esta suerte de "Bourdieu personal", la autora convierte su propia vida en objeto de análisis, sin aspirar a verdades cerradas ni a respuestas definitivas. ¿Es el "no entender" una carencia, o una forma radical de conocimiento?

* * *

"No es un libro de recuerdos. Es un libro de recuerdos." Esa es la primera frase que se lee al dar vuelta la página que funciona como carátula a la introducción de *No entender. Memorias de una intelectual*, de Beatriz Sarlo. Una contradicción explícita que no solo abre el camino para la naturaleza híbrida del relato, sino que también expresa un *modus operandi*, un mecanismo formal que permite resquebrajar la imagen hermética de quien quiso convertirse en "intelectual", figura cuyo oficio parecería consistir, justamente, en "entender". Quizás las contradicciones, enemigas de toda lógica, sean el disparador de aquello que este libro pone en valor: la incompreensión.

Publicado en el 2025 por la editorial Siglo XXI, a meses del fallecimiento de su autora, el texto pone en exhibición las carencias y los baches en la formación de quien es reconocida como autoridad intelectual en materia literaria y política. Las memorias ahondan en la trayectoria educativa

formal e informal, en la construcción de determinados intereses y gustos, en las figuras que forjaron, de diversas maneras, una personalidad letrada. En el último párrafo de la introducción, Sarlo desliza, sin advertencias y sin titubeos, que éste es su “último viaje” (23). ¿Acaso sabía que ésta sería su última producción escrita? ¿Qué clase de gesto es éste en el que se confiesa, antes de la muerte, que lo que más se hizo en vida fue no entender? ¿Qué clase de intelectual es quien cierra su prolífica producción poniendo en valor su desconocimiento? ¿Es una actitud de burla, de humildad o un gesto contracultural? Quizás, jamás lleguemos a comprenderlo.

La primera persona

El libro está dividido en un total de seis partes: una breve introducción a la que se suman cinco capítulos, precedidos por una breve sinopsis de cada uno. Estos breves textos, tipográficamente diferenciados y a los que se les otorga una página entera en blanco, juntos, ponen de manifiesto una tensión entre la primera y la tercera persona.

En cuanto a la primera, la autora se expresa desde su subjetividad, hablando de sí misma en los pronombres correspondientes del singular y, en ocasiones, ampliándolo al plural para incluir a otros actores, como compañeros de estudio o de militancia. En relación a la tercera, ella se mira desde afuera, refiriéndose a sí misma con expresiones como “la niña” o “la adolescente”. De esta manera, su voz se confunde con aquella que aparece en los epígrafes de las fotografías que ilustran algunos pasajes, una vez decididamente externa al relato.

Este juego con la persona gramatical, que se extiende a lo largo de todo el escrito, habilita una distancia con algo que ya no se es, pero también pone en jaque la certeza en la autofiguración. Dice Sarlo: “Juana [Bignozzi] me enseñó (...) que la pregunta ‘¿quiénes somos?’ no tiene respuesta. Pero que se mantiene abierta, como una prolongada inseguridad de la razón” (158). Recorre todo el libro la sensación de que ese yo-intelectual que se quiere exhibir es uno más de los elementos que no se llegan nunca a comprender: “las paradojas abundan y, sobre todo, abundan mis decisiones paradójicas” (181).

Parte de dichas decisiones paradójicas se encuentran entre líneas, entre lo que el texto dice que hace, y lo que el texto efectivamente hace.

La política

“En este libro no se hablará de política” (14), sentencia Sarlo apenas comenzado el volumen. Da sus razones y se atribuye la culpa de los malentendidos en relación a esta materia y su persona. No obstante, inmediatamente, se reconoce como simpatizante del peronismo a fines de los sesenta, como marxista leninista prochina en esa misma década, y como una socialdemócrata sin partido en el presente de la escritura. Y, si bien no ahondará en reflexiones puras de índole partidaria o en la cuestión política como tal, ésta resulta insoslayable porque se entreteje permanentemente en el texto como parte constitutiva de los recuerdos, o como referencia.

El ecosistema familiar se ordena, principalmente, por la postura frente al peronismo. Las figuras centrales son su padre, liberal antiperonista; y su tío materno, un peronista que había militado en FORJA. Entre esas dos

perspectivas, una Sarlo infante se mueve y oscila, construyendo su propio criterio basado más en dudas que en certezas.

Asimismo, la figura de Eva Perón resulta central. La pequeña niña que protagoniza las memorias se fascina con su figura, pero la deslinda de la política ya que, para ella, estaba “asociada a la moda” (55). A Eva la veía retratada en revistas y era su singular porte el que le llamaba la atención. No obstante, y como sucede con la propia figura de Sarlo, sobre ambas el escrito enuncia la negación de su dimensión política, a la vez que la afirma al narrar acontecimientos concretos. Por ejemplo, se cuenta una anécdota protagonizada por el abogado Jaime del Río, su tío, quien es expulsado por Eva Perón de su despacho en un encuentro con gremialistas debido a la desconfianza que le generaban a ella los letrados. El poder orbita la figura de Eva una y otra vez, a la vez que se la enuncia como parte de un simple culto a la elegancia.

En cuanto a ella misma, Sarlo no puede evitar autodescribirse a través de una cita: “Puedo agradecer muchas cosas, menos la asistencia económica. Como diría Perón: independencia económica y soberanía política” (88). A la vez, cuenta episodios como el de la primera vez que repartió volantes para su tío, o explica la manera en la que la dictadura militar influyó en su formación.

El “no hablar de política” termina siendo una declaración de intenciones o un intento. En realidad, supone evitar reflexionar sobre las implicaciones de las cuestiones partidarias en el presente, pero no se puede tapar el sol con un dedo.

El feminismo

Es difícil atribuir a Sarlo una postura unívoca sobre el feminismo. La que postula en *No entender* es, a priori, distinta de la que esboza en otros escritos: “En este libro tampoco entra el feminismo, o como se quiere llamar a esa ideología que expresa reivindicaciones justas.” (18). La explicación de esa decisión es de índole netamente personal —“solo me expresa a mí” (18) — y se vincula simplemente con una manera subjetiva de comprender ciertos hechos: “nunca atribuí las derrotas a mi sexo” (19). Para ejemplificar esto, la autora narra un episodio de acoso y la vincula con la de una amiga que “tuvo peor suerte” (19).

La cuestión de los mandatos de género atraviesa muchas de las anécdotas contadas: “Yo tenía que entrenarme para un futuro trazado por las fantasías tilingas de los adultos, los prejuicios sociales sobre el sexo y una tupida red de malentendidos que devenían en preceptos” (75-76). El tipo de comportamientos que se exigía tener en la ciudad, la insistencia en aceptar muñecas como regalos, o los modelos a seguir que elige la autora constituyen algunos de los episodios biográficos que son interpretados desde el binomio hombre-mujer.

Sarlo es consciente de que muchas de sus elecciones de vida podrían formar parte de reivindicaciones feministas. Por eso, a pesar de declarar que no es interpelada por esa “ideología” — como ella lo llama —, afirma: “mi feminismo era instintivo, poco refinado, ignorante, brutalista” (20).

Entre ese ser y no ser feminista, se mueve su autorrepresentación, contradictoria. Sucede lo mismo con la figura de Evita, admirada por sus retratos en tanto mujer bella, pero narrada a través de un poder que hackea las estructuras patriarcales (vocablo jamás mencionado en el

libro): “Ella había aprendido, desde muy joven, a manejarse y defenderse en un mundo de hombres” (62).

Una vez más, el texto hace y deshace sus propios preceptos.

La literatura

Como no podía ser de otra manera, una multiplicidad de lecturas, autores y personalidades del ambiente literario salpican las páginas de *No entender*. Sarlo cuenta cómo leía poemas cuyo sentido se le escapaba, esperando que “cuando por fin entendiera, algo pasaría” (28). Lo atractivo de esas lecturas tempranas era, justamente, su hermetismo, su resistencia a la comprensión.

Curiosamente, cuando descubrió la palabra “intelectual”, quiso convertirse en ello, a pesar de no saber en qué consistía dicha profesión: “Nadie pudo aclararme qué era un intelectual; abundaron falsos o aproximativos sinónimos, entre los que prevaleció el de escritor; pero la diferencia en el uso de una palabra y otra era tan evidente como inexplicable” (33). Curiosamente, el interrogante sobre la naturaleza del intelectual sigue siendo hoy tema de polémicas y este libro no lo responde. Más bien elabora una imagen de esta figura llena de fisuras: las lecturas mencionadas por Sarlo que adquieren mayor relevancia en la narración son aquellas que no comprendió en un primer momento — como *Rojo y negro* a los quince años o *Las flores del mal* a los dieciséis—, o nunca.

A su vez, personalidades como Jaime Rest, Aníbal Ford, Susana Zanetti, David Viñas u Horacio Achával van marcando el camino a través de

cursadas y trabajos para que ese “no entender” sea el combustible que alimenta a la incipiente intelectual: “Convencida de que entender era un trabajo, me acostumbré a que ese trabajo fuera un placer.” (107).

La certidumbre de que el gusto se construye y de que la incomprensión es el principio fundamental del arte y de toda actividad intelectual tiñe absolutamente cada uno de los episodios de la vida de Sarlo seleccionados para este volumen: desde las experiencias con la música, hasta las relaciones afectivas. Dice la autora: “con cada relación, perseguí una idea de aprendizaje, de transferencia o de intercambio, de diálogo y polémica” (186). La enumeración de las profesiones de sus parejas y amistades “parece un programa de posgrado en lo que hoy se conoce como estudios culturales” (186).

Así, las memorias de una intelectual se configuran como una serie de episodios sin orden cronológico en el que el entendimiento es un camino y el aprendizaje es una búsqueda de sentido, pero no su captación. El intelectual no es quien puede explicar o dar certezas, sino quien emprende una y otra vez el camino trabajoso que atraviesa la incertidumbre.

Las iniciaciones

Ese camino está lleno de momentos iniciáticos: la primera ironía que significa el primer deslinde entre el sentido literal y el no literal, la primera figura retórica que se usa, el primer recuerdo político, el despertar de la conciencia de clase, la primera actividad política, la primera incursión militante, la primera experiencia musical trascendente, el primer trabajo

periodístico y el primero editorial, la primera conferencia brindada, la primera escuchada, el primer viaje a Europa.

Esas iniciaciones surgen todas desde un primer impacto donde el sentido es un abismo. “No entender es el camino inicial de un viaje” (109), dice Sarlo, y este libro es el “último viaje”. Quizás la autora esté expresando, secretamente, que no se ha entendido a sí misma, o que este libro es la búsqueda del entendimiento sobre su ser intelectual. Se trata de un discurso que se arma y desarma a sí mismo una y otra vez. Por eso, el oxímoron es una figura retórica que se reitera permanentemente en la prosa.

Al comenzar la obra, Sarlo clama que se trata de “una especie de Bourdieu personal, aplicado a mi propia formación” (12). Es un libro que oficia como estudio de la génesis de una intelectual de los siglos XX y XXI, y plantea rupturas y continuidades con respecto a su obra anterior. El periodismo, por ejemplo, requiere seguridad y certeza para postular sus hipótesis y defenderlas. Acá la autora hace el movimiento opuesto: mostrar las fisuras, exhibir lo endeble como una fortaleza y como una necesidad constitutiva. Esto mismo es lo que hace la crítica literaria con sus objetos de estudio.

Si profundizamos un poco más, encontramos que la dicha génesis tiene una cuota importante de azar: la formación recibida y construida por la autora, en parte, surge de acontecimientos fortuitos, de personas que se topan con ella o que forman parte de su vida por mera cuestión de suerte, desde su familia hasta sus docentes, pasando por los autores que lee, especialmente en su infancia.

Dice Bourdieu, el mismo que Sarlo cita, que a través del género “memorias”, los románticos “reunifican todos los momentos de la propia existencia integrándolos en un proyecto estético reconstruido” (Bourdieu, 2003, 73). Muchas de las obras de Sarlo, sobre todo aquellas enmarcadas en el género ensayo, exhiben una prosa de índole artística. Este libro, en donde se permite habitar la primera persona de manera realmente *personal*, no es la excepción. Sarlo no escribió ficción jamás, y acá tampoco lo hace. Pero sí lleva a cabo un proyecto estético, una narración propia que obliga a releer toda su obra a la luz de los acontecimientos por ella misma develados.

Ese “no entender” en el que ella encuentra la clave de su razón de existir en tanto intelectual se extiende al lector, que debe habitar las contradicciones de la autora: ¿se trata, acaso, de una invitación para que quien le dé comienzo a su propio viaje?

La última página, separada del quinto capítulo, pero intitulada, reflexiona sobre la muerte. Sarlo pone fin a su producción intelectual casi al mismo tiempo que su vida se acaba. Su último objeto de estudio fue ella misma. Y al analizarse, encuentra un sinfín de comienzos cuyo patrón común es la incertidumbre, la necesidad de aprender para entender. No rehúye de la contradicción, más bien la fomenta. Nos la pone delante de los ojos.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, Pierre. (2003). *Campo de poder, campo intelectual*. Argentina: Editorial Fontamara S.A.

Sarlo, Beatriz. (2025). *No entender. Memorias de una intelectual*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Siglo XXI Editores Argentina.